

CAMILO JOSÉ CELA, CABALLERO BONALD Y LOS INICIOS DE *PAPELES DE SON ARMADANS* (1956-1958)

CAMILO JOSÉ CELA, CABALLERO
BONALD AND THE BEGINNINGS
OF *PAPELES DE SON
ARMADANS* (1956-1958)

JULIO NEIRA
UNED

RESUMEN: En 1956, en pleno auge de la dictadura franquista, Camilo José Cela funda *Papeles de Son Armadans* en Palma de Mallorca con la pretensión de lograr una alta calidad literaria según el modelo de *Revista de Occidente*, la gran revista de preguerra (1923-1936) creada por José Ortega y Gasset. Para ello cuenta con la ayuda del poeta José Manuel Caballero Bonald, que actúa como subdirector y agente de la publicación en Madrid. Los contactos de ambos posibilitan una amplia nómina de colaboradores de primer nivel, que, junto a la incorporación de autores exiliados y la presencia de todas las literaturas peninsulares, hacen de la revista la principal referencia intelectual de las décadas del 50 y del 60 en España. En el ámbito de la poesía, debe destacarse su atención a las nuevas promociones (Barral, Gil de Biedma, Goytisolo, etc.) y la voluntad de recuperar a los autores del Veintisiete en su conjunto, incluyendo a los más olvidados Cernuda, Prados y Altolaguirre. Se estudian los tres primeros años de la revista, hasta que motivos personales produjeron la ruptura de esa colaboración entre el novelista gallego y el poeta andaluz.

PALABRAS CLAVE: *Papeles de Son Armadans*; Camilo José Cela; José Manuel Caballero Bonald; Rosario Conde; dictadura franquista; generación del 50; poetas exiliados; Luis Cernuda; Emilio Prados; Manuel Altolaguirre.

ABSTRACT: Under Franco's dictatorship, in 1956, Camilo Jose Cela founded the *Papeles de Son Armadans*' journal in Palma de Mallorca in order to achieve a high literature quality. As a literature model, Cela based his journal on *Revista de Occidente*, the great prewar review (1923- 1936), founded by Jose Ortega y Gasset. The poet José Manuel Caballero Bonald was the journal's assistant director in

Madrid. Due to personal contacts of Cela and Caballero Bonald, the journal reached a wide range of top-level. It incorporated exiled writers and peninsular literatures and made the journal the main intellectual reference during the 50s and 60s in Spain. In the field of poetry, it should be noted the presence of a new generation poets (Carlos Barral, Gil de Biedma, Goytisolo, etc.) and the recuperation of generation of '27 (Cernuda, Prados and Altolaguirre). This paper attends to the first three years of the journal. During those years the breakdown between Cela and Caballero Bonald, attributable to personal reasons, took place.

KEY-WORDS: *Papeles de Son Armadans*' journal; Camilo José Cela; José Manuel Caballero Bonald; Rosario Conde; Franco dictatorship; generation of '50; exiled poets; Luis Cernuda; Emilio Prados; Manuel Altolaguirre.

ÉXITO Y DIFICULTADES DE UNA REVISTA PRIVADA DURANTE EL FRANQUISMO

A finales de 1955, en plena controversia en los ámbitos oficiales sobre su figura, tras el impacto de *La familia de Pascual Duarte* y el escándalo de *La colmena*, publicada en Buenos Aires para burlar la censura franquista, Camilo José Cela decide crear y dirigir una revista literaria. Por entonces eran muy numerosas las revistas poéticas. Desde finales de los cuarenta, casi en todas las provincias los focos de amantes de la poesía habían conseguido apoyo de las jerarquías provinciales para publicar una. Con ello el régimen pretendía contrarrestar la propaganda republicana que reclamaba para el exilio la continuidad de la cultura española. No obstante, eran publicaciones muy limitadas al fenómeno estrictamente poético. Más generalistas eran *Ínsula*, *Índice* y *La Estafeta Literaria*, que peleaban, sobre todo las dos primeras, por desbordar el estrecho marco de la cultura autorizable por la censura gubernativa.

Cela se planteó hacer la gran revista de la posguerra, superior a todas ellas en ambición intelectual y en variedad temática y genérica, donde el pensamiento tuviera tanto espacio como la crítica e incluso más. En su primer número escribió:

No es, no quiere ser, una revista de combate, sino más bien todo lo contrario: una tímida y quizás orgullosa revista de literatura y pensamiento, términos tan manidos como poco eficaces [...] La literatura y el pensamiento son dos

ingredientes a considerar en eso de la buena marcha de los pueblos.

Y durante mucho tiempo lo logró. Su título, *Papeles de Son Armadans*, remite al barrio mallorquín donde residía la familia, calle Bosque n.º 1, cuyo piso bajo serviría de redacción. El hijo del novelista recordará que aquella fue la aventura de su padre que empezó con peores pronósticos, pues nadie le auguraba más de dos o tres números. Sin embargo, acabó siendo el más duradero de sus empeños: alcanzó los 276 números a lo largo de veinticuatro años, hasta marzo de 1979, y colaboraron en ella 1070 autores.

Cela se había trasladado a vivir a Palma de Mallorca en febrero de 1954 huyendo del bullicio madrileño. Entre mayo y noviembre de 1953 había hecho un largo viaje por varios países de Hispanoamérica y halló una gran acogida sobre todo en Venezuela, de donde se trajo el encargo oficial de escribir un libro propagandístico del país, al modo del *Brasil* de Stefan Zweig (Guerrero, 2008). Para poder escribirlo buscó un ambiente más sereno en Palma de Mallorca, donde acabaría por establecerse de manera permanente.

El éxito de la revista se debió principalmente a la calidad de los textos publicados, que exigía una eficaz planificación de los números y mucha estrategia en la búsqueda de colaboraciones, labor de la que se responsabilizó el poeta José Manuel Caballero Bonald, que en esos años actuaba como «secretario para todo» del novelista. Él fue el primer subdirector —o «secretario de redacción», como figuró en algunos números— que tendría la revista. Desde un primer momento, Cela fue consciente de ello y supo reconocérselo. Aun antes de la aparición del primer número, el 11 de enero de 1956, escribe al poeta jerezano: «De tu subdirección, ¿qué te voy a añadir? Es espléndida»¹. Es verdad que el prestigio del gallego en determinados ámbitos abrió puertas imprescindibles, como las oficiales, pero a Caballero Bonald se debió el diseño estructural del contenido, con secciones bastante fijas de ensayo o pensamiento («El taller de los razonamientos»), creación poética («El hondero»), narrativa («Plazuela del Conde Lucanor»), dramática («Corral de comediantes»), teoría literaria («Yunque de tinta fresca»), crítica («Tribunal del viento») y crónicas del exterior («La atalaya y

1 Salvo mención expresa en sentido contrario, todas las cartas citadas se conservan en el archivo de la Fundación Caballero Bonald de Jerez de la Frontera.

el mapa»), además de una actualizada información bibliográfica. En suma, consiguió cumplir el propósito que Cela expuso en el número inicial: «como cualquier otra revista que se precie, aspira a ser un poco un cajón de sastre, aunque eso sí, un cajón de sastre ordenado».

Cela y Caballero Bonald consiguieron una excelente nómina de colaboradores gracias a sus respectivos contactos en el mundo literario, que acabaron siendo complementarios y fructíferos. En el ámbito de la poesía, por ejemplo, en los tres primeros años, la revista pudo integrar a exiliados ilustres (León Felipe, Jorge Guillén, Luis Cernuda, Manuel Altolaguirre, Emilio Prados, entonces muy olvidados en España), a los grandes poetas del 27 en el interior (Vicente Aleixandre, Gerardo Diego y Dámaso Alonso, Carmen Conde, Pedro Pérez Clotet, José María Souvirón), a los de las sucesivas promociones de posguerra (Muñoz Rojas, Leopoldo Panero, Luis Rosales, Gabriel Celaya, Blas de Otero, Concha Zardoya, Ramón de Garciasol, Dionisio Ridruejo, Luis Felipe Vivanco, Carlos Bousoño, Vicente Gaos, José García Nieto, José Hierro, José M.^a Valverde, Juan Eduardo Cirlot, etc.) y a jóvenes que estaban abriendo nuevos caminos a la literatura española, como es el caso de los catalanes (Carlos Barral, Jaime Gil de Biedma, José Agustín Goytisolo, Enrique Badosa, José María Castellet, Gabriel Ferrater, Rafael Santos Torroella, etc.), a quienes Caballero Bonald atrajo venciendo las reticencias que podían tener por el pasado de Cela, o de los «castellanos», que afilaban ya las armas para una renovación poética (José Ángel Valente, Claudio Rodríguez, Ángel Crespo, Jaime Ferrán, Juan Ruiz Peña, etc.), y los hispanoamericanos Eduardo Cote, Pablo Antonio Cuadra y Eduardo Zepeda-Henríquez. En épocas posteriores de la revista irían incorporándose otros nombres (María Elvira Lacaci, Ángela Figuera, Francisco Brines, etc.) y las nuevas promociones (Juan Luis Panero, José Infante, José Batlló, Jenaro Talens, Luis Antonio de Villena, Francisco Díaz de Castro, etc.).

Resulta muy notable que, en esos años de nacionalcatolicismo y centralismo idiomático a ultranza, la revista incorporara textos en gallego y catalán de autores como Celso Emilio Ferreiro, Ramón González Alegre, Manuel María, Uxío Novoneyra, Clementina Arderiu, Blai Bonet, J. V. Foix, Joan Perucho, Carles Riba, Josep Romeu, Marià Villangómez o Joan Teixidor. Y que se hiciera lugar para traducciones y reseñas de poetas extranjeros de singular

importancia, como Dylan Thomas, Rainer M. Rilke, T. S. Eliot, Ezra Pound, Conrad Aiken, Henri Michaux, además de una selección de poetas turcos contemporáneos introducidos por Solimán Salom.

Por supuesto, a lo largo de la trayectoria de la revista se aprecia el mismo interés por los exiliados en otros géneros, como la narrativa y el ensayo, con colaboraciones de Manuel Andújar, M.^a Dolores Arana, Max Aub, Francisco Ayala, Jesús Bal y Gay, José Bergamín, Américo Castro, Corpus Barga, Manuel Durán, Arturo Serrano Plaja, Segundo Serrano Poncela y Guillermo de Torre. Y tal vez esta sea la característica más significativa de una revista que aspiró a representar la cultura española en su conjunto, suturando la enorme brecha que suponía el exilio y la proscripción de las demás lenguas peninsulares. Porque, como cuenta Cela en carta al exiliado Emilio Prados,

los fundé [*Papeles*]: para que fuesen la sosegada —aunque minúscula— esquina de la historia de España en la que los españoles de buena voluntad (que si vamos a contarlos a lo mejor no somos tan pocos como pensamos) podamos hablar, sin gritar, y entendernos y hacernos entender. Le juro que no soy san Francisco de Asís (en Carreira, 1996: 47-48).

Caballero Bonald se trasladó a Palma en marzo de 1956 y, de los meses siguientes, recordará en sus memorias los paseos por los alrededores de la Almudaina o por las callejas adyacentes al Borne, en busca de las señas más auténticas de la tradición mallorquina, por las cercanías de la Puerta del Mar o por la calle Calatrava, donde estaba la vieja imprenta artesanal de Mossèn Alcover en que se componían manualmente las páginas de la revista. Evoca la tertulia en el Café Riscal en torno a Llorenç Villalonga, en la que le introdujo Josep Maria Llompart, gerente inicial de la revista que luego le sustituiría en sus funciones, a la que asistían de modo habitual Guillem Sureda, Jaume Pomar, Jaume Vidal, Joan Bonet y un jovencísimo Baltasar Porcel, a quien entonces llamaban *Odín* (Caballero Bonald, 2001: 102-134). Ese fue el núcleo local colaborador de *Papeles de Son Armadans*.

El primer número de la revista apareció en abril de 1956 y contenía ya colaboraciones de gran calidad: poemas de Dámaso Alonso y Carles Riba arropados por ensayos de firmas muy prestigiosas, como Gregorio Marañón, Ricardo Gullón o Alonso Zamora

Vicente, junto a las de los más jóvenes José María Castellet, José María Moreno Galván y Rafael Sánchez Ferlosio, que el año anterior había ganado el Premio Nadal con *El Jarama*; y notas de Cela, Luis Ripoll y Caballero Bonald —sobre la poesía de Blas de Otero, que meses antes había publicado *Pido la paz y la palabra*—. Cerraba el número, preciosamente ilustrado con xilografías de la mallorquina colección Guasp, una cuidada bibliografía de las novedades editoriales. Por formato, nivel de los colaboradores e ilustración con viñetas, era difícil no recordar *Revista de Occidente*, la revista creada por Ortega en 1923, como precedente directo en cuanto a su concepción y contenidos, aunque la tipografía y el juego a dos tintas de las cubiertas evocaban las revistas que Manuel Altolaguirre imprimía en el exilio.

No era poca la osadía de emular la publicación de Ortega y Gasset, cuyo fallecimiento en octubre del año anterior había reavivado los fantasmas clericales, hasta el punto de que tanto *Ínsula* como *Índice* fueron prohibidas por dedicar al filósofo números monográficos. Pero el paradigma de calidad de *Revista de Occidente* era la única posibilidad real de que perdurara una revista particular, que se financiaba con las suscripciones y los anuncios (las editoriales Seix Barral, Noguer, Moll y Gustavo Gili, Radio Nacional de España, la revista *Destino*, e incluso Galerías Preciados, fueron los primeros anunciantes), en aquel océano de revistas poéticas, las mayoría de las veces efímeras, patrocinadas por los gobiernos civiles, lo que les hizo pasar verdaderos apuros económicos, como enseguida veremos. Aunque también contó con mecenazgos para determinados números, como Cela reconoció con gratitud en el último:

En diciembre de 1958 y en diciembre de 1959, Manuel de la Quintana, desde el Club Urbis, nos pagó los números dedicados a Solana y Gaudí.

En diciembre de 1960, el llorado Bartolomé Buadas, el mecenas de las Conversaciones Poéticas, hizo posible el número del *Poemario de Formentor*.

En febrero de 1961, la Sociedad de Estudios y Publicaciones que gobierna José Antonio Muñoz Rojas mandó a la imprenta el número dedicado a Ángel Ferrant [...].

En diciembre de 1961, Jesús Huarte corrió con los gastos de la *Antología poética de los oficios de la construcción*.

Y por último, en el año 1973, el Banco Urquijo que gobernaba Juan Lladó nos regaló un millón de pesetas.

Solo una gran calidad le permitiría sobrevivir. Y la apuesta tuvo un gran éxito. Tanto que en julio tuvieron que tirar una segunda edición de ese primer número.

La revista aparecía en un momento especialmente complejo de la vida española. En febrero se habían producido en la Universidad de Madrid graves enfrentamientos entre universitarios antifranquistas y falangistas que desembocaron en la detención de los promotores del Congreso Nacional de Estudiantes, la dimisión del rector Laín Entralgo, el cese del ministro de Educación Ruiz Jiménez y, en suma, el fin de la tímida apertura ideológica que ellos preconizaban en el ámbito de la cultura, de la que los congresos de poetas fueron un ejemplo. Se prohibió también el Congreso Universitario de Escritores Jóvenes que estaba en marcha. Estas revueltas estudiantiles evidenciaban la organización de una incipiente oposición democrática. Por primera vez desde la guerra, una parte de la sociedad española manifestaba su rechazo al Régimen, y este reaccionó del único modo que sabía: con un endurecimiento aún mayor de sus posiciones ideológicas y el ascenso de los miembros del Opus Dei al gobierno. Entonces empezó el proceso de deslegitimación de la dictadura entre las clases medias y la Universidad se convertiría en punta de lanza del antifranquismo en las décadas siguientes.

LOS POETAS JÓVENES EN PAPELES DE SON ARMADANS

La labor de subdirector de la revista puso en contacto a Caballero Bonald con prácticamente toda la nómina de escritores españoles del momento, como atestigua el archivo epistolar que conserva su Fundación en Jerez. Sería muy prolijo pormenorizar ahora su relación con todos ellos, pero sí interesa detenernos en alguna especialmente relevante para su trayectoria posterior, como la que mantuvo con el grupo de poetas barceloneses, en especial con Carlos Barral.

Barral había publicado por entonces solo un libro de poemas, *Las aguas reiteradas* (1952), pero había alcanzado un notable prestigio

como poeta y teórico en las páginas de la revista *Laye*, donde publicó su famoso artículo «Poesía no es comunicación» para rebatir a Vicente Aleixandre, que dio origen a una intensa polémica en los años siguientes (Lanz, 2009). Esa revista sirvió para promocionar las posiciones de los poetas y críticos a quienes después se conocería como Escuela de Barcelona (además de Barral, Jaime Gil de Biedma, José Agustín Goytisolo, Gabriel Ferrater, Alfonso Costafreda, José María Castellet, etc.), que ofrecían claras alternativas al círculo madrileño (Bonet, 1988; Riera, 1988). Y, más allá, *Papeles* se convirtió en el mejor escaparate de este grupo generacional que conocemos como Poetas del 50: Carlos Barral publica poemas en los números IV, XXVI y XXXII-XXXIII, y Caballero Bonald reseña su libro *Metropolitano* en el XXIV; Jaime Gil de Biedma está presente en el IX, en el XXIII y en el XXXII-XXXIII, y Caballero Bonald reseña su traducción del libro de T. S. Eliot *Función de la poesía y función de la crítica* en el VI; de José Agustín Goytisolo, incluye poemas el número XII; de Claudio Rodríguez, el XXXII-XXXIII; de José Ángel Valente, el XXXII-XXXIII; de Jaime Ferrán, el XI y el XXXII-XXXIII; de Ángel Crespo, el XIV, el XXI y el XXXII-XXXIII; Gabriel Ferrater, con la colaboración de Carlos Barral, publica la traducción de poemas de Gottfried Benn en el XIX; Enrique Badosa publica en el XXVI y J. M.^a Espinas reseña su traducción de la antología de Salvador Espriu en Adonáis en el XXX; Santos Torroella aparece en el XXVII, y Juan Ruiz Peña en el XXIX.

A Caballero Bonald le constaba que su poesía tenía buena aceptación entre los catalanes, pues José María Castellet (1955: s. p.) la había elogiado públicamente un año antes. Y debió de sentir que la aparición de *Papeles de Son Armadans* le daba la oportunidad para un mayor acercamiento a ese grupo de poetas. Por eso fue él, y no Cela, quien quiso contestar a una carta de Carlos Barral en la que se interesaba por la salida de la revista. En esa carta, no conservada, Barral debía de haberse mostrado extrañado de que la lanzaran en un momento de retracción política como ese. El jerezano le tranquiliza el 3 de marzo:

[*Papeles de Son Armadans*] a pesar de todos los pesares está a punto de nacer, con su patente de dignidad y de honestidad debidamente garantizada. Quizás pudiera pensarse que la ocasión de esta salida no es la más propicia. En todo caso, también hubiera sido una imperdonable traición, o acaso una cobardía, renunciar a nuestros nobles propósitos.

Aprovecha, además, para pedirle una colección de poemas inéditos que publicar en la revista. Ese día empezaba una amistad intensa que le entreabría las puertas del mundo literario y editorial barcelonés y habría de prolongarse durante años.

Como Carlos Barral le contesta que no tiene poemas sueltos, sino un solo y largo poema, *Metropolitano*, Caballero Bonald le dice que seleccione un fragmento de unos 150 versos y se lo mande. Eso hará el catalán el día 24 de marzo con el título «Torre en medio», que aparecerá en el número de julio de *Papeles*, del que el andaluz le envía separatas y una carta fechada el 29 de ese mes cuyo texto me parece muy significativo. A propósito de ese fragmento poético, y con la que se demostraría una indudable capacidad predictiva, le dice:

Es para mí, hoy por hoy, un ejemplo de lo que debe ser nuestra más eficaz y necesaria *expresión*. ¡Qué poco tiene que ver el contenido de tu mundo con toda esa «mediocridad lírica» que nos asola! Estoy seguro que tú, y dos o tres poetas más, llegarán a ser los exclusivos representantes de nuestra posible generación. Así lo he repetido ya muchas veces y me encantaría hablar contigo largamente de todo esto. A lo mejor, este otoño tenemos ocasión. Está en mis cálculos pasarme por Barcelona un par de meses. Ya veremos.

También le explica que tienen la intención de iniciar una colección de poesía denominada «Juan Ruiz», en edición muy cuidada, con tiradas normal y de hilo, con una retribución al autor de dos mil pesetas más ejemplares. Para ella le pide el original de *Metropolitano*, por el que tienen tanto él como Cela «un especialísimo interés». Además le cuenta que la revista va bien y la situación económica es buena, aunque necesitarían un centenar de suscripciones más para estar tranquilos.

Realmente, en apenas cuatro meses *Papeles* se había convertido en uno de los principales exponentes de la cultura humanística de la España del momento, y nadie rehusaba la colaboración que solicitaba Caballero Bonald. Como este recordará en sus memorias, Cela logró sortear la mayoría de los problemas de censura que planteaba el delegado en Palma del Ministerio de Información, Ignacio Atxaga, gracias a su amistad con su paisano el ministro Fraga Iribarne, de manera que *Papeles* «se convirtió en una velada

tribuna de desafectos al régimen, cosa que yo me encargaba directamente de mantener y aun de avivar sin que se notara demasiado» (Caballero Bonald, 2001: 229).

En los últimos meses de 1956, Caballero Bonald pasa una muy mala racha de salud, con una depresión que amenaza con destruirle. Por recomendación de Cela, se puso en contacto con el psiquiatra barcelonés Mariano de la Cruz, que había tratado ya a Blas de Otero, y los antidepresivos prescritos consiguieron devolverle a cierta normalidad, aunque percibió que a partir de entonces el consumo inmoderado de alcohol le sumía en un estado de aflicción nunca antes experimentado. Tal vez ello le indujo a cuestionarse su utilidad para *Papeles de Son Armadans* desde Madrid, por lo que Cela al felicitarle el Año Nuevo el 30 de diciembre le reafirma: «Estás resultando un subdirector sensacional y —salvo por no tenerte con nosotros— créeme que ha sido una gran suerte para los PAPELES el que tú los codirijas desde Madrid».

Esa separación física, con la que el gallego intenta varias veces acabar, nos permite ahora disponer de una correspondencia inapreciable para conocer los avatares de la revista en ese primer año, el periodo crítico para su consolidación, sobre todo por los problemas que plantean las colecciones de libros anexas, «Juan del Encina» de teatro y «Juan Ruiz» de poesía. El 18 de octubre de 1956 Camilo J. Cela cuenta al poeta que salen de la imprenta pruebas de dos libros, uno de Fernando Lázaro Carreter —la obra de teatro *Un hombre ejemplar*, que se había publicado por entregas en los números IV a VII de la revista— y otro de Gerardo Diego, *Paisaje con figuras*, y estaba en proceso otro de Luis Felipe Vivanco, *El desencampado*, para el que contaba con un prólogo de Dámaso Alonso. Todo ello ha debido gestionarlo Cela desde el hospital donde ha sido intervenida Rosario Conde, su mujer, de una grave infección intestinal y desde el hotel Colón, donde tuvo que trasladarse varios días para estar junto al hospital. La operación acabó bien, aunque fue muy peligrosa:

Estuvo literalmente muerta pero parece que revive. La operación fue cruenta y realizada en las peores —e inaplazables— condiciones: con escasos glóbulos rojos, con azúcar en sangre y con el intestino lleno. Todo ello tras 17 horas de espantosos dolores, seis lipotimias que me cogieron de madrugada y solo, moral bajísima y debilidad extrema.

Desde Madrid, Caballero Bonald busca colaboraciones, anuncios y suscripciones, que buena falta hacían. El 10 de diciembre Cela le dice: «Ahí va la nota de Llompart. *PAPELES está muy mal de dinero*». Y en la citada carta del 30 de diciembre le comenta:

La distribución nos falla y, de no saber encauzarla, tendríamos que matar las colecciones, con dolorosa [sic]. Trata de discurrir algún arreglo. Yo pienso que quizás pudiéramos interesar «comercialmente» a José Luis Cano. Sondéalo.

La situación económica de la revista sigue durilla pero creo que, entre todos, podremos mantenerla a flote. Sería una lástima que ahora —ya cerca del año— se estropease. Yo desde luego pienso defenderla con mi mejor entusiasmo. Insistí cerca de Pedro Salas y creo que acabará dándonos el deseado anuncio.

A finales de enero de 1957, la falta de noticias de la edición de *Metropolitano* dispara la ansiedad de Barral, que escribe a Caballero Bonald interesándose por el libro. El 12 de febrero le contesta explicándole la delicada coyuntura por la que atraviesa la colección, iniciada en noviembre con *Paisaje con figuras*, uno de los libros misceláneos de Gerardo Diego:

Las noticias que tengo de *Metropolitano* no son muy alentadoras. Nuestro desequilibrio económico, acrecentado por la casi nula salida del libro de Gerardo, ha obligado a Camilo a obrar con cierta cautela, temiendo la definitiva bancarota. [...] Fíjate bien que el libro de Luis Felipe, que iba a salir al mismo tiempo casi que el de Gerardo, está detenido. ¡Y pensar que todo esto pasa porque nos faltan tres mil duros! Y considera también que tenemos que salvar la revista por todos los medios. Las últimas noticias que me da Camilo me han tranquilizado bastante. Ya veremos si puedo decirte a ti lo mismo dentro de poco. Lo único que te ruego es que nos comprendas. Jamás hemos intentado en nuestra aventura ganar una sola peseta. Y ante la perspectiva de hundirnos económicamente, queremos intentar salvarnos haciendo las cosas con prudencia.

A principios de marzo le confiesa que Vivanco ha adelantado la cantidad de siete mil pesetas para que su libro pudiera editarse. Barral se descorazona ante estas noticias, pues él no dispone de esa cantidad y se ha impuesto no escribir nuevos poemas hasta que no

aparezca *Metropolitano*. La espera se le hace insufrible, pero mantiene el libro en *Papeles* a falta de otras opciones. Sin embargo, el 25 de marzo le confía que ha hecho una consulta a Cantalapedra, la editorial santanderina que había publicado *Pido la paz y la palabra* de Blas de Otero y *País de la esperanza* de Rafael Montesinos, para saber cuándo podrían publicarlo, aunque en realidad fue Vicente Aleixandre quien hizo la gestión ante Aurelio García Cantalapedra (1990: 190).

Las dificultades económicas de la revista irían solventándose, en buena medida gracias a las gestiones del poeta para conseguir distribuidores, suscripciones o publicidad, como los anuncios de la Librería Abril, de la Biblioteca de *Selecciones del Reader's Digest*, y más tarde de aceites Carbonell o la editorial Taurus. Recurrir a su amigo Vicente Fernández de Bobadilla, gerente de *Selecciones del Reader's Digest* era bastante seguro: en septiembre de 1956 le había proporcionado una colaboración sobre «La colegiata de Jerez», lo que hará exclamar a Cela en carta del 11 de febrero: «Sigues funcionando de una manera sensacional y —perdóname— imprevista. Ánimo y mil gracias». Pero la colección «Juan Ruiz» continuaría, en efecto, con mucha prudencia.

En una carta a Barral del 22 de febrero de 1958, a propósito del deseo de Jaime Gil de Biedma de publicar un original en la colección, Caballero Bonald confiesa que solo pueden sacar aquellos libros cuyo autor adelante el dinero o consiga financiación específica, y «la edición del libro cuesta 12.500 pts., para una tirada de 500 ejemplares corrientes y 50 en edición de hilo para bibliófilos». De modo que irían saliendo, al ritmo de uno por año, volúmenes de Vivanco, Unamuno, Gabriel Celaya, Jorge Guillén, José María Souvirón, Emilio Prados, Camilo José Cela, Jaime Ferrán, etc. Aunque ni siquiera la prudencia evita el fracaso económico. En abril de 1960, ya en Colombia, recibe una carta de Gabriel Celaya en la que le cuenta el resultado de su libro:

La liquidación de la *Cantata* [en Aleixandre] fue un desastre. Quedan solo 50 ejemplares, pero a la hora de hacer cuentas, nuestro querido Ce-jota ha descubierto que cometió un error de 2.000 pts. al darme el presupuesto, y me explica que la cifra que disteis era aproximada. Le he mandado al correspondiente lugar porque reñir por dinero me parece

idiota. Pero encima, ¡ay!, se da por ofendido, según parece.
¡Merde!

Durante todos esos meses, entre octubre de 1956 y febrero de 1957, Camilo J. Cela andaba metido en otra aventura que merecería por sí sola un ensayo completo: su elección como miembro de la Real Academia Española, acerca de la cual la correspondencia con Caballero Bonald da jugosas noticias de su capacidad conspiratoria, en cuya realización participó activamente el poeta de Jerez. A ese proceso se refirió también con bastante detalle su hijo Cela Conde (1989: 152-157). La votación, resuelta felizmente para sus aspiraciones, se celebró el jueves 21 de febrero, y el ingreso el domingo 26 de mayo con todo el ritual al uso, pero que el gallego aderezó con algunas de sus estrambóticos gestos, como dejarse fotografiar toda la jornada, desde el despertar en la cama hasta el último whisky, incluso en la ducha, para que la prensa «inmortalizase» su incorporación a los «inmortales» en un reportaje gráfico (*Arriba*, 28 de mayo de 1957).

No resulta posible ahora describir toda la trayectoria de *Papeles de Son Armadans* en esos tres primeros años, amplia y brillante. Pero sí conviene detenernos en algunos de sus elementos diferenciales. Uno de los más significativos fueron sus números monográficos. Como consecuencia de su amistad con Joan Miró, Cela decidió dedicarle un número extraordinario de *Papeles*, inaugurando con él una de sus más memorables costumbres. Fue el que hacía el número XXI, correspondiente a diciembre de 1957, y resultó espléndido, no solo por las ilustraciones que Caballero Bonald fue a recoger con Anthony Kerrigan a casa del pintor, sino por una nómina de colaboradores nutrida y de calidad que le rendían tributo de admiración (Aleixandre, Foix, Celso Emilio Ferreiro, Lafuente Ferrari, Gullón, Guillermo de Torre, Westerdhal, Llorens Artigas, Crespo, Blai Bonet, Vivanco, etc.).

A ese número dedicado a Miró le seguirían, en esos primeros años, otros consagrados al ámbito de las artes plásticas, como el de José Gutiérrez Solana —a cuya obra literaria había destinado Cela su discurso de ingreso en la Academia—, que duplicó el mensual en un xxxiii bis, en diciembre de 1958; el del Grupo El Paso, en abril de 1959; uno en homenaje a Antonio Gaudí, en diciembre de 1959; y el de Picasso, en abril de 1960. En 1958 apareció el primero de los almanaques de *Papeles*, otra de sus señas distintivas. Retomaban

la tradición dieciochesca del saber enciclopédico y popular, que en la República había tenido continuidad en el *Almanaque Literario* publicado en Editorial Prometeo por Guillermo de Torre, Miguel Pérez Ferrero y Esteban Salazar Chapela. El de 1958 tuvo por título *Los Cuatro Ángeles de San Silvestre o Noria del Tiempo ido y Buena Voluntad del que vendrá*. Se compone una gran variedad de datos astronómicos y astrológicos, meteorológicos, etc., sobre cada mes del año, adobados con numerosas citas literarias de todas las épocas de nuestra historia y grabados de la colección Guasp que hacen del volumen una pequeña joya bibliográfica.

El almanaque de 1959 tuvo el alambicado título de *Contraluz del pañal y la mortaja o Tobogán del Sol y de la Luna y otras luciérnagas*, y como fecha del colofón el 1.º de diciembre de 1958. El esfuerzo económico de estos números suplementarios a la revista exigía una captación de publicidad extra. Y tanto Cela como Caballero Bonald llegaron a dominar esta disciplina. El almanaque de 1959 contiene cuarenta y seis páginas de publicidad, con los anuncios más variados, algo casi insospechado en una revista literaria, pues además de los de editoriales (Seix Barral, Noguer, Planeta, Taurus, Gili Gaya, Revista de Occidente, Cid, Ínsula, Destino, Arión), los encontramos turísticos y de hostelería de la isla, o comerciales de toda índole: fábricas de papel, de calzado, bodegas, sastrerías, chapistería, joyería, incluso charcutería, discos y recuerdos, lencería, grandes almacenes y trajes regionales. Todo valía para financiar la revista.

RECUPERACIÓN DE LOS POETAS DEL VEINTISIETE

Otra nota distintiva en el panorama literario de la época es el interés de Camilo José Cela por recuperar la poesía de la Generación del 27 en su conjunto. Vicente Aleixandre, Dámaso Alonso y Gerardo Diego eran maestros indiscutidos en el interior de España, y con ellos contaba desde el principio; pero pronto se interesó por recuperar a los poetas exiliados, relegados por razones obvias en la España del franquismo. Sabedor de que Caballero Bonald mantenía correspondencia con Luis Cernuda —a quien había enviado una separata con los poemas de *Anteo*, publicados en el número VI, de septiembre de 1956—, Cela le pide que solicite colaboración al

poeta sevillano, entonces muy olvidado, y le cuenta que tienen contacto con Alberti. El 2 de enero de 1957 escribe: «A ver si hay suerte con Cernuda. Alberti me ha enviado un christmas. ¡Si se enteran en la Kominform de que felicita las Pascuas! Voy a tantearlo también». En efecto, Caballero Bonald pide colaboración a Cernuda, y este le escribe el 30 de julio de 1957: «Tendría mucho gusto en darle algunos versos para *Papeles de Son Armadans*. Le ruego pida a José Luis Cano, de mi parte, el poema titulado “Águila y Rosa”, del grupo segundo que yo le envié». El poema se publicaría en el n.º XIX, de octubre siguiente. Más tarde colaborará con textos ensayísticos sobre Lord Alfred Tennyson, Adolfo Salazar, Bécquer y el poema en prosa español, Rubén Darío y una primera versión de su importante texto autobiográfico «Historial de un libro» en el n.º xxxv, de febrero de 1959, cuyo editorial es un homenaje a Antonio Machado en el vigésimo aniversario de su muerte, que incluye el dibujo realizado con ese motivo por Pablo Picasso.

Rafael Alberti se incorporó a la revista en el n.º xxxii-xxxiii, el extraordinario dedicado a Dámaso Alonso, a Vicente Aleixandre y a Federico García Lorca en el sesenta aniversario de su nacimiento, el primer número doble, que apareció en noviembre-diciembre de 1958, y haría las delicias de los dos poetas vivos, pues reunía testimonios de amistad de sus compañeros de generación, homenajes de los poetas posteriores y estudios críticos sobre su poesía, además de una bibliografía muy completa. El volumen estaba a medio camino entre el homenaje académico y el de una revista poética. En él la labor de recogida de materiales de José Manuel Caballero Bonald fue fundamental, como le reconoció Cela en sucesivas cartas. Rafael Alberti siguió enviando colaboraciones hasta 1977.

También remitió Caballero Bonald un ejemplar de *Anteo* a Jorge Guillén. Al poeta de *Cántico* le gustaron mucho esos cuatro poemas, y le escribió para felicitarle. Iniciaron así una relación que duraría treinta años y tendría como fruto temprano su colaboración en *Papeles*. Envío un texto en prosa sobre Miguel Pizarro, amigo de juventud de Federico García Lorca, poeta casi secreto que acababa de fallecer y cuyos versos aparecerían en la colección malagueña «El Arroyo de los Ángeles», de Bernabé Fernández Canivell. Guillén quedó tan complacido de la impresión de ese prólogo en el número xvii que el 10 de noviembre de 1957 envió «unos poemas cuya reunión accidental he llamado “Serie italiana” (“serie”, no “suite”)». Pertenecen a la segunda y tercera parte

de *Clamor*», que se publicarían en el n.º xxii, de enero de 1958. Don Jorge colaboró también en el monográfico sobre Aleixandre, Alonso y García Lorca con su evocación «Algunos poetas amigos», y con «Otra serie» de poemas en el n.º xlvi, de enero de 1960. Y más adelante siguió colaborando con poemas y textos críticos.

El interés por los poetas del 27 llevó a Cela a plantearse una antología, que hubiera sido la primera del grupo elaborada en España después de la guerra. El 30 de marzo de 1958 escribe a José Manuel Caballero Bonald:

Lo que no habrá, ciertamente, son nuevas ediciones de poesía. Es cuestión de principio: yo puedo perder dinero, es cierto, pero no tirar dinero a la calle. No soy ni lo bastante rico ni lo bastante pobre para permitirme esos lujos.

Lo de la Antología del 27 es otra cosa, ya que en ella creo que podremos cubrir gastos. He escrito a Emilio Prados —con Luis Cernuda, uno de los dos huesos más difíciles de roer— y si acepta seguiré las gestiones. Ya te tendré informado, ya que deberás tocar varios poetas. La Antología irá firmada por *Papeles*, simplemente; me parece la mejor fórmula. José Luis Cano no me respondió de forma eficaz.

La idea de que Prados sería reacio a participar en el proyecto procedía de su negativa a estar en la realizada por Gerardo Diego en 1934, pero pronto se reveló infundada. El malagueño recibió con gran ilusión la propuesta. Sabemos, por la correspondencia cruzada entre ellos que se conserva en la Fundación Camilo José Cela y editó Antonio Carreira (1996), que el director de *Papeles* envió tres números al poeta exiliado en México en noviembre de 1957, que a este le gustaron mucho y contestó agradeciéndoselo. Se inició así una buena amistad epistolar que duró hasta la muerte del poeta en 1962. El 3 de diciembre de 1957 Cela devuelve carta y ya le ofrece la revista para publicar cuanto desee: «Se imagina usted el gozo con que en esta su casa se recibirían un fajo de versos inéditos suyos? [...] sepa, en todo caso, que las puertas de mi revista están de par en par abiertas para usted» (en Carreira, 1996: 43). Sin duda emocionado por el interés por sus versos que demuestra una revista española «joven», ajena a su círculo malagueño, tras veinte años de ausencia del país, Emilio Prados envió el 25 de enero dos poemas, que en cartas sucesivas amplía a cuatro, publicados bajo

el título «Sonoro enigma» en el número XXIV, del siguiente mes de marzo.

La relación epistolar con Luis Cernuda se inició de un modo similar. El 3 de diciembre de 1957 el poeta sevillano le agradece el envío del número XVIII de la revista y a finales de enero de 1958 las separatas de «Águila y rosa», carta a la que Cela contesta el 7 de febrero ofreciéndose a publicar todo lo que desee enviarle, y le confía:

Me he impuesto la tarea, no siempre grata, de ser la cabeza de puente —y a veces, la cabeza de turco— de lo que creo más auténtico y sano de los españoles de nuestro amargo tiempo. Pero necesito —y ciertamente, encuentro y agradezco— el apoyo de quienes más distingo. Hágame llegar sus versos —o sus prosas— en el buen entendimiento de que se publicarán en el acto. Y con todos los respetos y todos los cariños que merecen y que me honro en proclamar (en Cernuda, 2003: 663-664).

Al enviar a Emilio Prados separatas con sus poemas, el 26 de marzo, le explica el proyecto antológico:

Con motivo de los sesenta años de la generación del 27 (en este 1958 llegan a esa edad Dámaso y Vicente y hubiera llegado Federico...) preparo un homenaje al que pienso titular *La generación poética del 27. Nueva antología a distancia*. Sé bien que usted prefirió no figurar en la segunda *Antología* de Gerardo y respeto, claro es, sus puntos de vista de entonces. La Antología que ahora preparo llevará los mismos nombres que la 1.^a de Gerardo y a usted quiero decirle, muy en privado, una cosa: si usted no quiere figurar, no hay Antología. A nadie —sino a usted— me he dirigido aún y no hay, por tanto, ninguna suerte de coacción —amistosa o de la índole que fuera— en su decisión (en Carreira, 1996: 49).

Por si acaso aceptaba participar, como ocurrió, ya le pedía una ficha biográfica, otra bibliográfica, una declaración estética, una selección de poemas para unas quince a veinte páginas y una fotografía de buena calidad. Para su sorpresa, Prados aceptó encantado y le explicó que su negativa a la antología de Diego se produjo en la primera, en 1932, pero que su ausencia de la segunda de 1934 se había debido exclusivamente a retraso en contestar a Diego y no a

un rechazo ideológico del proyecto, como siempre se había pensado. En cartas sucesivas envía lo que se le pide: poemas, recuerdos sobre aquella época a modo de relación biográfica, etc. Pero se niega cortésmente a escribir un juicio crítico sobre la generación tal como le pide Cela, quien debe asumir él mismo la tarea de hacer una introducción a la antología.

Dos meses después, en carta del 24 de mayo, Cela informa a Luis Cernuda de su intención de hacer el número homenaje a los «sesentones» Aleixandre, Alonso y García Lorca con la solicitud de que enviase algo en verso o prosa: «Sería una valiosísima aportación cuya importancia no he de encarecerle» (en Cernuda, 2003: 682); también le propone el proyecto de antología, con esta advertencia: «Si usted aprueba la idea y me brinda la colaboración que le pido, el libro será una realidad. En caso contrario, el libro se quedaría en proyecto puesto que usted, claro es, no puede faltar» (ibíd.: 682-683). Desmintiendo cualquiera de las ideas preconcebidas sobre la dificultad de su trato, Luis Cernuda acoge con gusto ambos proyectos: anuncia su disponibilidad a ser incluido en la antología y el envío de las fichas biobibliográficas, la foto, la selección de los poemas, etc., lo que hará en cartas del 15 de junio y del 14 de julio. Pero, respecto al homenaje, se disculpa por no disponer de textos inéditos sobre Aleixandre y Lorca, a quienes ya había dedicado varios ensayos. En el proceso de envíos de nuevas fotografías, la nueva edición de *La realidad y el deseo*, la necrológica sobre Adolfo Salazar, etc., surge la idea de publicar en *Papeles de Son Armadans* su ensayo autobiográfico «Historial de un libro», imprescindible para la comprensión de su trayectoria poética, que envía el 10 de diciembre de 1958 y Cela publica en el número de febrero siguiente.

El diálogo epistolar con Emilio Prados hace variar de idea a Cela en varios aspectos. En un principio pensaba incluir solo a los poetas de la nómina canónica establecida por Diego en su primera antología, pero luego cambia de opinión y acepta incluir a José Moreno Villa, cuya parte se compromete a enviar Prados, a Larrea y a Villalón. Los meses pasan y van llegando a Palma cartas de Prados con las que combate una trágica soledad y en las que ofrece un documento extraordinario para conocer su mirada retrospectiva acerca de su vida y su poesía. En agosto parece cerrada la selección de sus poemas, pero luego se suceden varios meses de silencio; y el 3 de noviembre Cela escribe: «Recibí todo lo que me mandaste y mi antología marcha», aunque añade una información nueva:

Como sabes, la voy a dar antes, poeta a poeta, en *Papeles* [...] Quisiera, por misteriosas razones afines, empezar contigo. Te ruego muy encarecidamente que te hagas una foto algo mejor y que me la mandes [...] No voy a cambiar el plan de mi Antología. Voy a ocuparme de «vosotros», los que vais de Salinas hasta Manolo Altolaguirre, incluido, claro es, el *desplazado* Fernando Villalón, aunque es posible que dé dos más viejos (León Felipe y Moreno Villa, ¿qué te parece?) que se anticiparon, en cierto modo a su tiempo. Dime algo sobre esto (en Carreira, 1996: 102).

Prados cumple la encomienda y le escribe una larga carta respecto a la poesía de sus amigos Moreno Villa, Fernando Villalón, León Felipe, etc. Pero no obtiene respuesta, sino la enorme decepción de encontrar el número homenaje a Dámaso Alonso, Vicente Aleixandre y Federico García Lorca, del que Cela nunca le habló, al que no le invitó a colaborar y del que, por tanto, está ausente, de nuevo relegado en una exaltación del grupo generacional. Es difícil entender lo ocurrido. Ese monográfico no fue una solución de urgencia ante el fracaso del proyecto de la antología. En la carta del 30 de marzo de 1958 en la que le hablaba de esta a Caballero Bonald, ya le instaba a no dejar de la mano el homenaje: «Recuerda que falta todo: foto, poemas inéditos, bibliografía... Le pido a Ángel del Río un artículo sobre “E.G.L., sexagenario”; si acepta, que creo que sí, será un señalado triunfo». Y a Cernuda sí le había ofrecido colaborar. ¿Por qué entonces ese comportamiento con Prados? Cuando este se queja amargamente de su postergación el 28 de febrero de 1959, Cela le contesta el 7 de marzo:

soy un celta golfante [...] En el n.º de los sesentones no colaboras tú. Es cierto. Ignoro por qué y tampoco voy a ensayar una disculpa. Yo me lo he perdido. ¡Qué estúpido soy y con qué frecuencia hago mal las cosas! Te suplico, Emilio, que no lo cargues a ningún torcido capítulo de la cuenta de nuestra amistad (ibíd.: 110-111).

Sin embargo, que tampoco estuviera presente en el homenaje Manuel Altolaguirre, con quien también se carteaba entonces, nos lleva a pensar que no se debió a un olvido involuntario. Por alguna razón que se nos escapa —sí se incluyeron colaboraciones de los también exiliados Alberti, Guillén y León Felipe—, Cela decidió prescindir de los malagueños.

Nunca más se hablará en la correspondencia con Prados y Cernuda de la proyectada antología. Pero la amistad y la correspondencia entre ellos no se cortó y en el número LVIII de *Papeles*, de enero de 1961, se publicaron nueve poemas de Prados —bajo el título «Aceptación de la palabra»— pertenecientes al libro *Signos del ser*, que Cela publicó un año más tarde en la colección «Juan Ruiz», pero que el poeta no llegó a ver, pues salió de imprenta el mismo día que él fallecía en México, el 24 de abril de 1962. Cernuda publicó ensayos sobre Bécquer (XLVIII, marzo de 1960) y Rubén Darío (LVI, noviembre de 1960), aunque finalmente en abril de 1961 rompió su relación con Cela y la revista debido a la negativa del gallego a insertar una carta suya de rectificación a una reseña de Leopoldo de Luis a la edición de las *Poesía completas* de Altolaguirre que él había publicado (Cernuda, 2003: 926-927).

Por lo que a Manuel Altolaguirre se refiere, el primer contacto lo estableció a través de Luis Cernuda, a quien le pide en la carta del 24 de mayo de 1958: «No tengo el gusto de conocer personalmente a Altolaguirre. Si usted le ve, como confío en que suceda, ¿querrá comunicarle mi propósito y transmitirle mi deseo de su presencia en mis páginas?» (ibíd.: 683). El malagueño debió de contestarle aceptando y ofreciéndole además enviarle poemas inéditos, en carta que no se conserva, pues el 24 de junio siguiente Cela le comenta: «Ahora precisamente en el momento de abrir su carta, estaba redactando la nota prologal y estudiando y desentrañando las ideas de Ortega sobre las generaciones [...] Me ilusiona saber que me va a enviar algo inédito para la antología» (en Altolaguirre, 2005: 649-650). Entonces Cela le explica ya que irá dando adelantos con la parte de cada poeta en las páginas de la revista, según vayan estando listas, para reunir las todas luego en un volumen.

Un día más tarde, Altolaguirre pone en el correo todo su material: los poemas, la bibliografía y una nota sobre su estética, tal como le había pedido Cela. Un mes después envía la fotografía, y como referencia biográfica ofrece un capítulo de su texto memorialístico inédito *El caballo griego*, que Cela recibe entusiasmado en agosto: «¡Qué magnífico y emocionado *El caballo griego!*!» (ibíd.: 664), y se apresta a publicar en el número xxx, del mes siguiente, del que le envía cincuenta separatas el 7 de octubre. El proyecto de antología no volverá a mencionarse en la restante correspondencia conservada. En agosto, Cela le pidió un poema para el número

homenaje a Picasso, que Altolaguirre le envía el 10 de diciembre. En enero de 1959, le solicita un poema sobre la primavera para el siguiente almanaque, y en abril un mensaje para las Conversaciones de Formentor, pero el poeta no cumple estos encargos, pues estaba ajetreado acabando el rodaje de *El cantar de los cantares* fuera de la capital, como se disculpa en carta del 20 de mayo. En ella le anuncia su propósito de viajar a España para presentar la película en el Festival de Cine de San Sebastián.

Como es bien sabido, en ese viaje a España Altolaguirre halló la muerte con María Luisa Gómez Mena en un accidente de automóvil el 27 de julio en una carretera burgalesa. La conmoción fue enorme en todo el ámbito poético y Cela reaccionó de inmediato: le rindió un homenaje póstumo en el número de agosto publicando todo lo que había recibido para la antología: la «Confesión estética», los treinta y dos poemas seleccionados, bajo el título «Poemas iluminados», y la bibliografía de su obra.

FINAL DE LA RELACIÓN

Camilo José Cela había ido incrementando sus comportamientos megalómanos al mismo ritmo que sus *boutades* y su *enfantterribilismo* eran jaleados por la prensa del Movimiento. El prestigio que le proporciona la elección académica y su asentamiento en la vida cultural mallorquina mediante la organización de actividades auspiciadas por *Papeles*, sobre todo conferencias de escritores relevantes (Blas de Otero, Vicente Aleixandre, Ana María Matute, Jorge Guillén, Américo Castro, que se acostumbró a pasar todos los veranos unos días en su casa, Tristan Tzara, Miguel Ángel Asturias, etc.), así como sus contactos con la alta sociedad, fueron haciendo de él el personaje despótico que describiría Francisco Umbral (1977: 118): «Cela mandaba en la familia, en los criados, en los amigos, y daba siempre la sensación de estar dirigiendo alguna operación importante, aunque solo fuesen los preparativos de una comida o de un viaje».

Veamos un ejemplo. En plena crisis de la revista, que seguía sin ser lo rentable que debiera, a Cela se le ocurre fundar otra, solo de creación, que, según escribe a Caballero Bonald el 21 de marzo de 1958, debía llamarse *Versos y cuentos de Bellver*, y llevar el subtítulo

«Páginas también llamadas EL HUEVO DE JUANELO o gavilla de la prosa a huevo y la poesía por huevos» [sic]. En ella «queda desterrado —o casi desterrado— el ensayo y prevalecerá la pura creación». No se trataba solo de una ocurrencia bromista y escatológica de las suyas, sino que encarga a Caballero Bonald la búsqueda de anunciantes e incluso que haga las gestiones para inscribirla en el registro de la Dirección General de Prensa y que, como subdirector, firme la solicitud. El proyecto estaba muy pensado:

Irá en papel de color, formato de la edición de hilo de *Papeles* y tendrá 80 o 96 págs. (5 o 6 pliegos), ya veremos, encuadrado en el mismo papel y a una sola tinta. Será bimestral (cada dos meses, no bimensual, que serían dos n.^{os} al mes) y costará, por suscripción, 90 pts. al año. Habrá ejemplares numerados y nominales (50) idénticos en todo, salvo en la numeración, a 450 pts. al año.

El parecer de Caballero Bonald fue desde luego negativo, como el de otros consultados, lo que consiguió disuadirle del capricho. Y, claro está, esos comportamientos cada vez chocaban más con el temperamento y con la inestable situación psicológica de aquel, que no solo se resistía a volver a Palma, sino que empezó a demorar sus cartas de respuesta hasta el punto de hacerles temer que estuviera enfermo, y a buscar otros medios de vida, por más que *Papeles* le fuera tan querida.

Llegó un momento en que Cela se sintió molesto con la actitud del poeta. En el archivo de la Fundación Caballero Bonald se conserva una carta suya, de fecha 13 de junio, en la que, tras felicitarle por algunas gestiones hechas para el monográfico de Aleixandre y Dámaso, le escribe en clave de reprimenda, incluso de ultimátum. De su lectura se desprende además que el jerezano había empezado a trabajar de manera más o menos estable para *Reader's Digest*, en cuyo número de abril había publicado un artículo sobre «Las ferias andaluzas»:

Me hago cargo de que necesitas el *Reader's*, pero piensa que no solo de pan vive el hombre y que también en otro sentido, necesitas los *Papeles*. Te digo todo esto, Pepito, con todo cariño y sin asomo alguno de reticencia. Considera que tres meses al año de «presencia física» en la revista de la que eres subdirector —y no corresponsal en Madrid— no son

excesivos. En fin, tú verás. Yo quiero el bien de todos, tu prosperidad y el éxito del almanaque. Ahora te toca hablar —y obrar— a ti. ¿Convendría que antes de venir dieras algún toque a la publicidad en el almanaque? Yo creo que sí.

En su carta a Carlos Barral del 25 de junio, Caballero Bonald le cuenta que irá a Palma el día 3 o el 4 de julio y sus propósitos veraniegos: «He alquilado una casita al lado del mar, por la Bona Nova, donde me propongo leer mucho y vivir en paz». No era desde luego un mal programa, aunque no dejará de mano sus obligaciones en la revista, que Cela había centrado en elaborar por completo el almanaque de 1959. Con él, aparecido en diciembre de 1958, terminaría la participación de Caballero Bonald en *Papeles de Son Armadans*.

¿Qué motivó la ruptura, realmente? Conforme fueron afianzándose las relaciones de Caballero Bonald con Pepa Ramis, hasta entonces más o menos interinas, se extinguieron de forma natural las que venía manteniendo con Rosario Conde, la esposa de Cela, desde 1951. Esa relación había sido la causa de sus desarreglos nerviosos y sus trastornos físicos en los años anteriores (Neira, 2014). No era posible dar el paso definitivo de casarse con Pepa Ramis sin zanjar de una vez un vínculo psicológicamente tan problemático. La única alternativa era una definitiva ruptura. Todo esto ocasionó muchas tensiones y a Rosario Conde un disgusto tan manifiesto que su marido se vio obligado a intervenir. Tuvieron una larga y sosegada conversación en Madrid y acordaron su alejamiento y las condiciones de su cese en *Papeles de Son Armadans*, en cuyo número de enero de 1959 se elimina el cargo de subdirector con el que hasta entonces figuraba. Consta como secretario José María Llompart, que aparece como subdirector en el número LI de junio de 1960. José Manuel Caballero Bonald no volvería a colaborar en la revista hasta el número CCLIV, un monográfico dedicado a Blas de Otero en mayo de 1977. Se quebraba así la colaboración que había encumbrado la revista en el panorama de la cultura española de posguerra.

BIBLIOGRAFÍA

- ALTOLAGUIRRE, Manuel (2005). *Epistolario 1925-1959*, ed. James Valender, Madrid, Residencia de Estudiantes.
- BONET, Laureano (1988). *La revista Laye: estudio y antología*, Barcelona, Península.
- CABALLERO BONALD, José Manuel (2001). *La costumbre de vivir*, Madrid, Alfaguara.
- CARREIRA, Antonio (ed.) (1996). «Cartas entre Emilio Prados y Camilo José Cela», *El Extramundi y los Papeles de Iria Flavia*, v, pp. 41-166.
- CASTELLET, José María (1955). «Panorama de los jóvenes. La poesía», *Correo Literario*, segunda época, 10, febrero-marzo, s. p.
- CELA CONDE, Camilo José (1989). *Cela, mi padre*, Madrid, Temas de Hoy.
- CERNUDA, Luis (2003). *Epistolario 1924-1963*, ed. James Valender, Madrid, Residencia de Estudiantes.
- GARCÍA CANTALAPIEDRA, Aurelio (1990). *Desde el borde de la memoria*, Santander, Librería Estudio.
- GUERRERO, Gustavo (2008). *Historia de un encargo: «La catira» de Camilo José Cela*, Barcelona, Anagrama.
- LANZ, Juan José (2009). *Conocimiento y comunicación. Textos para una polémica poética en el medio siglo (1950-1963)*, Palma de Mallorca, Universidad de las Islas Baleares.
- NEIRA, Julio (2014). *Memorial de disidencias. Vida y obra de José Manuel Caballero Bonald*, Sevilla, Fundación José Manuel Lara.
- RIERA, Carme (1988). *La Escuela de Barcelona. Barral, Gil de Biedma, Goytisolo: el núcleo poético de la generación de los 50*, Barcelona, Anagrama.
- UMBRAL, Francisco (1977). *La noche que llegué al Café Gijón*, Barcelona, Destino.